

La reconstrucción del edificio de la Santa Inquisición

Si las cosas del pasado os parecen herrumbrosas, no escuchéis; seguid adelante vuestro camino: os esperan las calles repletas de peatones y de vehículos. Avanzad desesperadamente, con impaciente premura. Pero si el solar de vuestros mayores es para vosotros amable, os invito a estos breves momentos de fraternal conversación.

Como asfixiada y perdida entre hipertrófica aglomeración ha quedado nuestra vieja Ciudad que levantó Cortés sobre las ruinas de Tenochtitlán. La que fuera capital de los virreyes y de los gobiernos republicanos, ya liberales, ya conservadores; de los sueños reconstructivos y depresivos fracasos. Vieja ciudad cuyos recuerdos quedan en las cuartillas de Guillermo Prieto, Manuel Gutiérrez Nájera (el Duque Job), Angel del Campo (Micrós) y en épocas recientes, las páginas de Baltazar Dromundo y Salvador Novo. La Ciudad acogedora de nuestra niñez y de nuestra juventud estudiantil.

Por cierto que Dromundo nos dice con razón que: "miles de lugares en la Ciudad de México son simple punto de paso, sin fisonomía; huecos sin historia, sin sabor al paladar de los años. La gente los usa de prisa, se detienen los humanos entre uno y otro trabajo..., por eso hay tanto lugar sin memoria y la gente los usa sin perma-



nencia, nadie hace raíz, nadie y nada hay en ella que sea duradero para el espíritu, la gente cruza y desaparece. Pero el verdadero barrio es otra cosa...".

Detengámonos breves instantes en la vieja plaza de Santo Domingo, almacigo de recuerdos de veinte generaciones. Unas casas tienen como marcas seniles, las manchas verdinegras de las cosas viejas. Otras se levantan enhietas y han hundido con su peso el blando subsuelo, herencia de la Tenochtitlán de los aztecas. Este hundi-

miento, que ha mermado la altura de las sólidas construcciones, parece dar más firmeza y raigambre en el suelo que las sostiene.

La gran plaza ya casi restaurada, conserva mucho el aspecto que tenía en épocas pretéritas. Los años lograron desteñirla y han resquebrajado las casas que la circundan, pero pudo resistir, no solamente el tiempo, sino también a la incomprensiva ignorancia y a la codicia implacable.

Pongámonos en el extremo sur de la gran plaza cuadrangular, recons-

La reconstrucción del edificio de la Santa Inquisición

truida actualmente con amorosa inteligencia. La iglesia de Santo Domingo de Guzmán está construida en rojo tezontle; con gran portada de cantería, "ejemplar del barroco mexicano con reminiscencias platerescas. Torre esbelta con chapitel cubierta de azulejos, cúpula elegante y conjunto de gran amplitud". "Es un magnífico ejemplo de proporciones, de dimensiones y de robustez. Totalmente construido a la mitad del siglo XVIII, se levantó sobre los antiguos muros de la primitiva iglesia hundida, que le sirven de cimientos".

La iglesia fué aislada para abrir una calle y destruir el convento. Según Manuel Toussaint, es "la calle más torpe que han abierto los hombres, puesto que ni va a ninguna parte, ni viene de ninguna". Esta calle, la de Leandro Valle, tiene hoy día como acceso la reconstruida portada del viejo convento.

Al oriente, la pesada mole de otra antigua y roja construcción almenada, "tal es la Real Aduana de Mexico terminada en 1731 y que aún puede contemplarse si la contemplación es afín del tráfago vulgar y maloliente. Amplio edificio construido en tezontle con portadas y balcones de cantería; dos patios que por una sola escalera monumental corren hacia las partes altas".

Hacia el poniente, el portal que según inscripción que conserva, se construyó en el año de 1685. Fué albergue y oficina de los amanuenses, que con el nombre de "evangelistas" durante muchos años emborraron cuartillas de papel y redactaron las epístolas de la gente sencilla, empleando antaño recortadas plumas de ave y tinta de huizache. Hacia el sur, la fachada de rojo tezontle, del viejo edificio levantado donde habitó en 1524 el maestro Diego Pedraza, uno de los primeros cirujanos de la ciudad y que acompañó a Cortés en la expedición a las Hibueras.

Las calles cercanas constituían hasta hace poco el barrio universitario de México. Llevan nombres de repúblicas hermanas, y aún ostentan viejas y nobles construcciones, aunque poco a poco han ido perdiendo la fisonomía de cuando eran las calles de *La Encarnación* y de *La Perpetua*, *Medinas* y de *la Cerca*, *Sepulcros* y *Puerta Falsa de Santo Domingo*. En medio de la plaza, la estatua sedente de Doña Josefa Ortiz de Domínguez. Frente a la iglesia donde estuvo el camposanto (simple coincidencia), se erigió la estatua igualmente sedente de Don Manuel Carmona y Valle, figura destacada en la clínica mexicana. Fué levantada en 1909 por subscripción pública del pe-

riódico "La Escuela de Medicina", fundado y editado por el Dr. Adrián de Garay, discípulo del Dr. Carmona. Ignoro donde ha sido trasladada.

Es precisamente en la esquina de la antigua calle de *La Perpetua* (esquina que por el capricho del arquitecto que la hizo ochavada, el pueblo la llamó "la esquina chata"), donde se levanta el que fuera Palacio del Santo Oficio, de fachada barroca, artístico balcón y puerta de maciza madera claveteada. Entremos a la casa que tantos recuerdos tiene.

Después de diversas y numerosas obras desde que se estableció en México el Tribunal de la Inquisición en 1571, el palacio adquirió su forma definitiva, entre los años de 1732 a 1736, cuando la terminó el arquitecto Pedro Arrieta. "Lo más interesante que conserva es la escalera y el gran patio con sus arcos angulares en forma de pendantif sin columna de sostén. El procedimiento es claro a pesar del malabarismo que supone y que solo esta época pudo aceptar; son dos arcos cruzados, que prolongan sus dovelas hacia abajo, en intercepción para simular que cuelga sin que nada los soporte.

Es un alarde arquitectónico con tal gracia y limpieza que pocos edificios

La reconstrucción del edificio de la Santa Inquisición



presentan. En verdad, los corredores donde en otros tiempos discurrían los miembros del Tribunal de la Fé, no tienen nada de sórdido ni de sombrío como se supone en los novelones de capa y espada y en la literatura *curiosamente* del siglo pasado, que debían ser forzosamente las casas de la Inquisición.

"Es una injusticia, hija de fanatismos históricos mal digeridos —dice Francisco de la Masa— el ver el patio más interesante y bello de México como sombrío y como representación de los tormentos, si todo es luz y amplitud. Además una cosa fué el tribunal y otra su casa".

Porque la Escuela de Medicina, fundada el 20 de octubre de 1833 por decreto de Don Valentín Gómez Farías, hubo de recorrer como huésped molesto los antiguos conventos de Be-

lem y Espíritu Santo y el Colegio de San Ildefonso.

Hacia 1852, a los profesores se les adeudaba buena cantidad por sueldos devengados, que fueron reclamados al Gobierno, pero no en dinero, sino con la adjudicación de un edificio destinado a la Escuela. Otorgándoseles tan justa petición, se les entregó el antiguo Convento de San Hipólito, anexo al Hospital, que desde 1576 el venerable Bernardino Álvarez había fundado para el asilo de dementes.

Antonio López de Santana necesitó el edificio para cuartel y desalojó profesores y alumnos, pero el año de 1854, Don José Urbano Fonseca consiguió para la Escuela de Medicina el antiguo Palacio de la Inquisición que se le adjudicó en vez del convento de San Hipólito.

Con la reconstrucción de la Plaza, el aspecto exterior de nuestra casa ha re-

cuperado el aspecto que proyectó Pedro Arrieta. El segundo piso del edificio, levantado en el año de 1873 para que sirviera de anfiteatro y laboratorio, ha desaparecido. Ahora presenta las armónicas proporciones de cuando fué construido. El tezontle de la fachada ha sido cuidadosamente limpiado y han aparecido los vestigios de antiguos bajorrelieves: la Escala de la Pasión, las Armas de España y el Escudo del Santo Oficio. Las almenas restauradas dan impresionante aspecto y sirven de continuación a ambos lados del remate, con un óvalo que contiene en cantera y bronce el globo terráqueo, la cruz e inscripciones alusivas. No hay por qué asustarnos de emblemas de un pasado definitivamente muerto.

Tal es el estado actual del palacio que dió abrigo a la Escuela de Medicina desde 1854 y lo seguirá dando como verdadero hogar del médico.

Francisco Fernández del Castillo.